

---

# **La vida criminal del inspector Dedé**

**Ana Aranda Vasserõl**

**N**uestra historia tiene un comienzo muy concreto: el dieciocho de agosto del año 2009 a las siete horas y cuarenta minutos de la mañana, aunque el reloj de Dedé Sallerin marcaba veinte minutos más en ese instante. Dedé tenía la costumbre de adelantar su reloj todos los días para disfrutar sin mala conciencia de un tiempo robado a las obligaciones de la

---

vida cotidiana. Algunas veces se sentaba en el porche de su casa para contemplar cómo empezaba el día en Saint-Martin-en-Bière mientras disfrutaba de un delicioso café con leche y un cruasán de mantequilla. Mientras desayunaba, Dedé solía releer algún fragmento de las memorias de François Vidocq, fundador de la Brigada de Seguridad, el cuerpo de policía para el que había trabajado en los últimos cuarenta años. Le apasionaba la mente preclara de Vidocq y su falta de escrúpulos a la hora de ridiculizar las torpezas de la policía oficial francesa. Dedé carecía de esa ironía y también de la ambigüedad moral de Vidocq, quién acabó en los juzgados, pero como acusado, en la primavera de 1843.

Ese domingo, Dedé quería dedicar aquellos veinte minutos ganados al tiempo a su vecina Marie, así que salió de su casa con la intención de encontrarse como por casualidad con ella. Tomó el camino más largo, para no tropezarse con la vaca que solía pacer en el prado. El animal tenía la costumbre de mirarle con imperturbable insistencia; era una mirada tan penetrante que el inspector Dedé podía sentirla incluso cuando pasaba a una distancia más que prudencial, a un ritmo más que lento y sin que se le ocurriera levantar la cabeza del suelo.

Todos los dieciocho de agosto, Marie le invitaba a una cena cuyo ingrediente principal era una lechuga de su huerto, pero Dedé había decidido no asistir a la cita y por eso quería provocar un encuentro casual con su vecina. Sin embargo, aquel esperado encuentro nunca tuvo lugar, sino que ocurrió algo terrible: aquel 18 de agosto, Dedé Sallerin se convirtió en un criminal.

Y no sólo eso, Dedé se convirtió en un criminal coincidiendo con el primer día de su jubilación, tras cuarenta años de servicio y quince en el departamento de Sena y Marne. En efecto, Dedé había llegado a Saint Martin por primera vez siguiendo los pasos de una banda de falsificadores de cuadros que se escondía en Barbizon. Aunque resolvió el caso, se rumoreaba que detrás del negocio se hallaba un miembro influyente de la Asamblea Nacional y que esa había sido la causa por la que Dedé nunca regresó a París, aunque él sabía que la razón era muy distinta.

Dedé no sólo era un buen detective, también era un buen hombre. Si tenía algún defecto, éste era su exagerada rectitud. Nunca había hecho nada deshonesto, ni siquiera aquellas cosas que nadie puede descubrir porque pertenecen a la intimidad. En su adolescencia, antes de imaginar que se

---

---

convertiría en detective, ya que siempre le gustaron más los ladrones, había leído aquello que decía Marco Aurelio de que ni siquiera en una habitación vacía estás solo, porque siempre te acompaña tu conciencia.

Dedé era presumido incluso cuando estaba a solas con su conciencia. Desde que se levantaba de la cama hasta que se acostaba siempre llevaba puestos zapatos de la firma inglesa Crockett&Jones. Lucía una barba muy arreglada, que escondía el incómodo vaivén de la barbilla, rota y recompuesta con varias piezas de titanio a causa de uno de sus más célebres casos. Nunca realizaba ningún gesto obsceno, ni grotesco, ni se mostraba enfadado o apasionado. No decía nada fuera de lugar y siempre estaba en su lugar.

Cuando en su reloj eran las ocho menos cuarto, Dedé observó los manzanos cargados de la lluvia de la noche anterior mientras avanzaba por el campo sembrado de Marie. Desde hacía muchos años, ella cultivaba las mejores lechugas de la comarca. Eran unas lechugas exquisitas, de hojas mantecosas y, al mismo tiempo, crujientes. Esa noche, Marie iba a preparar la lechuga con higaditos de pollo. Dedé lo sabía porque el señor Marcel, que se encargaba de proporcionar la carne a los pueblos de la comarca, se lo había contado dos días antes. Todos los vendedores conocían los detalles de la cena; a decir verdad, estaban implicados en el acontecimiento. Marcel sabía que esa misma tarde llegaría los higaditos de pollo de la charcutería Fermette des Ternes de la calle Lebon, y que serían los más frescos de París. Bruno, el panadero, le había explicado a Marie que tenía que lavarlos con abundante agua y quitarles los nervios y los restos de sangre. Silvie, la verdulera, le había insistido en que debía servirlos casi crudos: “se pasan por la sartén el tiempo justo para dorarlos, con cebolla picada y uno un poco de cebollino”. Por último, había que lavar y cortar la última lechuga de la temporada, esa lechuga que había esperado toda la temporada para mezclarse con unos higaditos de pollo acompañados de aceite, sal y vinagre.

Dedé tenía que acudir a casa de Marie con una botella de Borgoña Ballot-Millot, que llevaba días enfriándose en el frigorífico, para degustar esa última lechuga de la temporada. Durante la cena, Marie, sin duda, contaría la misma historia de todos los años: las semillas se las había regalado un comerciante holandés, Erik Van Winter, en una feria agrícola diez años antes y en toda Francia no había lechugas como esas. Para Dedé no cabía duda de que Marie estaba enamorada de Van Winter: sólo había que observar con qué delicadeza esparcía el pesticida entre las lechugas y cómo calibraba su humedad; cómo sus

---

---

dedos seguían la trayectoria de los nervios de las hojas cuando las limpiaba y con qué gusto se comía la carne apretada del cogollo. Dedé cenaba todos los dieciocho de agosto desde hacía ya diez años, lechuga Van Winter.

A las ocho menos diez cuando Dedé miró el huerto de Marie descubrió que la última lechuga Van Winter ya no estaba allí: Marie se le había adelantado.

Dedé se acercó a la casa de Marie dispuesto a decirle que no quería ir a su estúpida cena. Pero, al pasar junto a la ventana de la cocina, vio la flamante lechuga Van Winter encima de la mesa. Sintió una opresión en el pecho, pero no pudo evitar mirar de nuevo. La lechuga seguía allí, desafiándole. Sin dudarlo un momento, entró por la ventana.

Dedé contempló sus pies sobre el suelo de la cocina de Marie y, al levantar la mirada, por unos instantes se vio de nuevo en el salón de actos aquel primer día de colegio cuando, por puro aturdimiento mental, se dio de bruces contra la columna del pasillo central. Le parecía oír todavía las risotadas de sus compañeros mientras cogía un cuchillo del primer cajón de la encimera y atravesaba una y otra a vez la lechuga Van Winter. La suerte quiso que Dedé se cortara en una de las embestidas y el dolor agudo de la herida le permitió escuchar el ruido del motor de un coche que se acercaba a la casa. El cuerpo de Dedé estaba empapado en sudor y el cadáver de Van Winter yacía desparramado en decenas de trozos sobre el suelo ajedrezado de la cocina de Marie.

Dedé oyó claramente la voz de Marie que hablaba con alguien en la puerta principal. Intentó cortar la hemorragia de su dedo con un trapo, buscó una bolsa de basura y empezó a recoger los trozos de lechuga. Su memoria le traía las imágenes del crimen de la portera de Melun, a la que dos años antes habían asestado treinta y cuatro puñaladas en la cocina de su casa. Habría pasado por un caso rutinario de atraco con víctima si Dedé no se hubiera empeñado en realizar un análisis de una mancha de sangre seca que había encontrado en el compartimento de la mantequilla de la nevera.

Por un momento pensó en explicarle a Marie la verdad, pero ¿qué podría decirle?, ¿qué la lechuga le había atacado? Si al menos hubiera matado a Erik Van Winter, en vez de a su lechuga, resultaría más fácil explicarlo. No, esa

---

---

posibilidad quedaba descartada. Lo que tenía que hacer era salir de allí cuanto antes. Marie no debía saber lo que había pasado esa mañana en su cocina.

Guardó los últimos trozos de lechuga y el cuchillo, apretó un poco más el trapo en torno a su dedo y salió por la ventana por la que había entrado. Eran exactamente las ocho y veinte de la mañana en su reloj, veinte minutos menos en Saint Martin, como le recordaron las ocho campanadas de la vieja iglesia. Dedé, ahora sí, sincronizó su reloj con el mundo.

Como había previsto, Marie, llegó a los ocho y cinco a casa de Dedé. Muy alterada, le contó que alguien había entrado en su cocina. Él le ofreció un poco de agua e intentó tranquilizarla. Temblaba tanto que no podía sostener el vaso, así que Dedé cogió su mano. En ese instante, se sintió embriagado por la felicidad, hacía muchos años que conocía a Marie, pero nunca había estado tan cerca de ella como en aquel momento en el que sentía su vulnerabilidad. Esta sensación desapareció enseguida, cuando Marie le preguntó por la herida del dedo. Dedé le explicó que era un corte sin importancia, tras un forcejeo con un ladrón al que había descubierto esa mañana en el jardín. Al decirlo, Dedé se sorprendió al notar que era capaz de mentir con desenvoltura. Se acordó del asesino Cartouche, que negó todas las acusaciones, e incluso su identidad, hasta el fin de sus días, cuando fue descolgado de la cruz de San Andrés con el cuerpo desmembrado.

Marie interrumpió de nuevo sus pensamientos al decirle que estaba segura de que el hombre con el que Dedé había luchado poco antes era el mismo que había entrado en su casa para robarle la lechuga. Él se echó a reír, pero a ella no le hizo ninguna gracia su reacción e insistió en que todas las piezas encajaban. Mientras Marie jugaba a detectives, Dedé observó que algo asomaba en el cubo de basura: era el trapo de cocina manchado con su propia sangre.

Marie estaba agradeciéndole que hubiera accedido a inspeccionar la “escena del crimen”, cuando entraron en la cocina. Dedé, ahora como inspector, podía observar las pistas que había dejado a la vista de todos, así que comenzó a pensar en cómo borrarlas. Empezó la investigación con el protocolo usual: cogió su cuaderno e inició el interrogatorio. Apuntaba las respuestas sin prestar mucha atención, porque había localizado una mancha de sangre en la juntura entre dos baldosas. En ese momento Marie aseguraba que había dejado la lechuga encima de la encimera, pero Dedé sabía que estaba equivocada, pues él

---

---

había atacado a la lechuga en la mesa. Le molestaba la seguridad de Marie, pero sobre todo se había dado cuenta de que la mente humana es una amalgama de confusión y estupidez y que tal vez algún inocente habría ido a parar a la cárcel, o algo peor, por culpa de un falso recuerdo. Marie siguió con el dudoso relato de los hechos mientras Dedé fingía buscar huellas, aunque lo que estaba haciendo en realidad era borrar para siempre su sangre del suelo de la cocina. A continuación, inspeccionó la ventana: era evidente que no había sido forzada. En su reconstrucción de los hechos, saltó a través del marco para borrar las huellas de sus propios zapatos, marcadas en el barro.

Cuando Dedé se sintió seguro de que ya no quedaba ningún rastro, dio el interrogatorio por terminado y prometió a Marie que encontraría al culpable. Ella, ya más tranquila, canceló la ceremonia “Van Winter” y a cambio invitó a Dedé a cenar esa misma noche en el jardín del Hotel Bras-Bréau en Barbizon, el favorito de Dedé, porque en sus habitaciones Robert Louis Stevenson había soñado con un tesoro escondido en una isla.

\*\*\* \*\*

Aquel día, el inspector Dedé descubrió dos cosas. La primera tuvo lugar durante aquellos veinte minutos robados al tiempo: cruzar la línea que separa la ley del crimen le había gustado mucho. Estaba claro que el dicho que asegura que el criminal siempre recibe su merecido era falso, pues a Dedé le esperaba una recompensa esa noche en Barbizon.

El segundo descubrimiento le sobrevino mientras esperaba a que Marie pasara a recogerle para la cena prometida. Antes de destruir los últimos restos de la lechuga en la trituradora del fregadero, se llevó un trozo a la boca y, por primera vez en los últimos diez años, ahora que la lechuga ya no estaba ligada al nombre de Van Winter, ni a las explicaciones nostálgicas de Marie, el comisario Dedé tuvo que admitir que su sabor era extraordinario.

---